

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 24 DE SETIEMBRE DE 1888→

Núm. 352

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FAMILIA MENUDA, cuadro de Federico Mazotta



un
ido
nte
ica
re-
ulti-
or-
tos
en-

)

-
stá-
ste
mi-
go
go
de
ece
ece

on-
al,
ca-

SUMARIO

TENTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *La madre y la hija*, por don A. de Valbuena. — *La costa occidental de África*, por don Teodoro Westmark. — *Los rails de acer*. — *Recreaciones fotográficas.*

GRABADOS. — *Familia menuda*, cuadro de Federico Mazotta. — *Los huéspedes de la menajería*, apuntes del natural por Luis Torras Farell. — *Un Carmen del Darro*, cuadro de J. Marín. — *Pacificación de los moriscos del Albaicín por el arzobispo de Granada*, cuadro de Isidoro Marín Garcés. — *Entre copa y copa*, cuadro de José Larrocha. — *La lección de violín*, cuadro de Camberoni. — *Las hormiguitas*, cuadro de W. Zehme. — *Recreaciones fotográficas.*

NUESTROS GRABADOS

FAMILIA MENUDA, cuadro de Federico Mazotta

Dice un refrán que á quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. Y á la vista de este bonito cuadro podemos decir nosotros que á quien Dios no le da pan el capricho le da quien se lo coma. Esa pobre muchacha cuyo menaje y provisiones no revelan gran abundancia de recursos y cuya soledad parece indicar absoluta carencia de familia, ha encontrado el modo de proporcionarse tres compañeros que se la comen viva, como suele decirse. Ella, sin embargo, además de darles su pan, les prodiga toda suerte de caricias, y los pequeños felinos se dejan querer por la cuenta que les trae; hasta aquel día en que, usando de su libertad gatuna, emigrarán del tranquilo hogar y correrán toda suerte de aventuras de tejas arriba. Mal emplea sus cariños la joven del cuadro; la ingratitud más completa será su pago. Sin embargo, por su semblante y por la pandereta que pende de la pared, bien pudiéramos suponer que sea una de tantas gitanas, zíngaras ó bohemias que viven al día corriendo calles varias y aun más peligros que calles. En tal caso ¿quién pudiera reprenderla porque mimaba á unos gatos, ella á quien nadie ha enseñado á amar, ella á quien nunca ha besado su madre, ella á quien nunca su padre ha bendecido!...

LOS HUÉSPEDES DE LA MENAJERÍA
apuntes del natural por Luis Torras Farell

Creemos que nuestros favorecedores estimarán debidamente estos estudios, ejecutados con buena observación y fácil lápiz. En la copia del natural es donde el artista demuestra sino las condiciones del genio al menos los títulos del profesor. La ausencia del convencionalismo crea dificultades que sólo se vencen por medio del verdadero dominio del arte, y estas dificultades suben de punto cuando se trata de irracionalidades, fieros por añadidura, á los cuales hay que sorprender propiamente en postura académica, puesto que no hay medio de darles á entender ni la más mínima noción de estética. Un trabajo de esta naturaleza representa una dosis de paciencia superior al vulgo de los artistas. Luis Torras no se ha arredrado ante él y, por aquello de *qui dura vince*, ha logrado coleccionar numerosos dibujos de varios animales en distintas y siempre naturales posturas. La página cuarta del presente número es un bello recuerdo de la zoología africana enjaulada para recreo de papamoscas y estudio de dibujantes especialistas.

UN CARMEN DEL DARRO, cuadro de J. Marín

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Llámense cármenes en Andalucía, y particularmente en Granada, á las quintas ó torres de recreo. Los hay bellísimos, y entre ellos sobresale el famoso Generalife, que no es otra cosa que un carmen árabe.

Quien no conoce la vega de Granada no puede formarse idea de esos sitios en que la mano del hombre ha puesto simplemente de relieve los efectos poéticos de una naturaleza oriental. Morín, que tiene la dicha de vivir bajo el cielo granadino, y á cuyos oídos las aguas del Darro murmuran églogas virgilianas, ha pintado uno de esos sitios deliciosos, hermoosando ó quizás reproduciendo simplemente ese color incomparable cuyo secreto reveló el pincel del inolvidable Fortuny.

PACIFICACIÓN DE LOS MORISCOS DEL ALBAICÍN

POR EL ARZOBISPO DE GRANADA.—AÑO 1520

cuadro de Isidoro Marín Garcés

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Los árabes que durante siete siglos habían sido señores de la sin par Granada, se resignaban difícilmente al papel de vencidos. Y como no todos pudieron traspasar, á título de emigrantes, el monte que aun hoy conserva el nombre del *suspiro del moro*, y desde cuya mayor altura se despidió el Rey Chico de su perdida corte, de aquí que frecuentemente surgieran conflagraciones que el vencedor terminaba sangrientamente. Una de estas asonadas estalló en 1520 en el barrio completamente árabe del Albaicín, y tan cansados debían estar los moros de los cristianos, ó tan mal comprendían los cristianos la manera de apaciguar á los moros, que el conde de Tendilla, encargado de reprimir la insurrección, iba á cortar por lo sano, cuando felizmente intervino en el conflicto el arzobispo de la ciudad, Fray Hernando de Talavera, cuya simple presencia y dulces reflexiones hicieron que los insurrectos volvieran á la obediencia debida. ¡Tan grande era la influencia que sus virtudes cristianas ejercían sobre los hijos del Islam, quienes conocían al prelado con el sobrenombre de *el alfaquí santo!*

Esta escena histórica, cuyo desarrollo necesitaba singular aliento, escogió para asunto de un cuadro el distinguido profesor don Isidoro Marín Garcés, ejecutándolo con tan singular acierto que, como dijimos en nuestro anterior número, obtuvo el primer premio en el certamen donde fué expuesto.

ENTRE COPA Y COPA, cuadro de José Larrocha

(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Es uno de los lienzos que más han llamado la atención en el certamen del Centro granadino. Como reproducción de una escena de costumbres andaluzas está perfectamente ajustado á verdad: los tipos son de pura raza, y en los detalles ha demostrado su autor que conocía perfectamente el asunto que *llevaba entre manos*.

LA LECCIÓN DE VIOLÍN, cuadro de Camberoni

No siempre el talento y la fortuna andan del brazo en este valle de lágrimas, antes bien consta de manera positiva que en las buhardillas se han albergado más genios que en los palacios y aun que en los simples cuartos principales. Bien pudiera ser, por lo tanto, que el profesor de violín del cuadro de Camberoni fuese un portento en el arte de Paganini. Ello, empero, se nos figura que el autor ha querido representar á un pobre diablo de artista que, á falta de más lucida carrera, se propone dar á su hijo unas cuantas lecciones que le habiliten para ingresar en alguna orquesta trashumante.

Este sencillo asunto no ha impedido que Camberoni pintara dos figuras, una de las cuales principalmente demuestra el cariño y minuciosidad con que ha sido estudiada.

LAS HORMIGUITAS, cuadro de W. Zehme

Asunto muchas veces reproducido y simpático siempre. La pobreza no ha abatido aún ni el cuerpo ni el buen humor de esas tiernas criaturas. El aspecto del paisaje demuestra que se inicia ya la estación de las grandes privaciones; pero los pocos años resisten el frío y el calor indistintamente, y la llama que producirán los combustibles almacenados en el más que modesto hogar iluminará unos semblantes frescos, vivarachos, llenos de salud y de vida. El buen Dios no olvida á las hormiguitas; solamente el hombre es bastante cruel para aplastarlas si las encuentra en su camino.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VII

Seguiremos hoy nuestra interrumpida excursión por las salas de la sección arqueológica cuyas ricas y brillantes colecciones, cada vez más admiradas, se han aumentado, completado y distribuido con mayor orden, de algún tiempo acá. Es digno de notarse — y no hemos de omitirlo, aunque sea como una apuntación suelta y de paso — el creciente interés que despierta esta sección en el público, y la atención, cuando no inteligente por lo menos prudente, con que observa algunos objetos, que tal vez en otra época hubiera calificado de mugrientas antiguallas.

Entre éstas, las más pobres, las más roídas, las más extravagantes, aquellas que requieren la fe candorosa del iniciado para que las miremos con honda veneración, son sin duda las vetustas tablas románicas. Su estado, el carácter verdaderamente infantil de sus figuras, que raya en caricaturesco para el no inteligente, poco respeto pueden inspirarle. Sin embargo, al que lo es, le parece inapreciable aquella colección, venerada por su antigüedad y por los fieles é interesantes datos que aporta á la historia del arte. La serie del obispado de Vich, principalmente, y el ejemplar de San Fausto de Capcentellas son de mucho interés por su carácter propiamente bizantino, por su indumentaria, y como documentos iconográficos. Se atribuyen aquellas tablas á los siglos X, XI y XII, y sus asuntos y personajes son religiosos. En una de ellas figura la vida de San Martín de Tours, con Jesús en el centro; en otra la de Santa Margarita y en el centro también la Virgen con el Niño. La Coronación de la Virgen por su propio Hijo, y la misma rodeada de los dones del Espíritu Santo, teniendo á San Juan á su lado, forman el asunto de otras dos quizás más notables que las anteriores. El color y el dibujo recuerdan las figuras de los mosaicos y códices: es el mismo estilo: trazos rudos y rectilíneos, actitudes rígidas, facciones marcadas cuidadosamente; párpados, narices y bocas de gruesas líneas; el plegado de los paños, de un paralelismo grosero, ya recto, ya acusando la curvatura de piernas y brazos en forma igual á la de la corriente de un río sobre el mapa. Con esto, un sentimiento en las actitudes y en los rostros más fácil de sentirse que de explicarse. Contrasta aquella rudeza de conjunto con la intensidad de expresión de algunas cabezas aisladas.

Me es imposible citar ni aun las más principales entre las numerosas tablas góticas (trípticos y polípticos) de los siglos posteriores. (Algunas de ellas, por cierto, están pésimamente restauradas.) Sobre fondo de oro muchas (este oro es el que más se lastima y altera á veces), con vivos colores, mucha expresión en los rostros y actitudes, y en algunas notable arte en la composición, llaman ya con más fundamento la curiosidad del profano, y con independencia de su valor histórico, la atractiva belleza de su exquisito sentimiento místico se impone á todos. En este último concepto es en alto grado recomendable un políptico del siglo XV, por desgracia muy deteriorado y carcomido. Multitud de figuras, apenas visibles, pululan en sus compartimientos, representando la vida de la Virgen, si no recuerdo mal. Sus rostros son de muy exiguo tamaño, pero tan vivaces y expresivos, de tal ternura y delicadeza, que encantan y sorprenden como una visión en miniatura á través de los fragmentos desconchados y la venerada mugre. A esta tabla siguen, á mi juicio, otra del mismo siglo XV, díptico en que figuran algunos personajes, retratos probablemente, en actitud de orar, de exquisita naturalidad y con trajes notables para el estudio de algunos pormenores; otro tríptico de la Anunciación, otro del descendimiento de la Cruz, y los cuatro retablos del siglo XIII, con representaciones del Apocalipsis, el martirio de San Juan, San Miguel, y la institución de la misa. Entre los que se distinguen por su composición, recuerdo el en que figura una dama ó reina repartiendo limosnas, de mucho carácter, y una escena de envenenamiento, pintada con una fuerza realista de primer orden: ante un prelado y su corte se halla una mujer bebiendo en una copa, y á sus pies se retuercen en las ansias de la muerte dos

hombres con el rostro desencajado y verdoso. En otra tabla del siglo XV, se representa la degollación de un santo con la misma verdad y complacencia en la expresión terrorífica del dolor físico. Otra hay también, donde el acto de prender á Jesús en el huerto de los Olivos aparece con todos los pormenores de una vulgaridad candorosa, y un movimiento y vida extraordinarios. Estos episodios del Antiguo y Nuevo Testamento son los más comunes, sin embargo, en tan numerosa colección, y la identidad de los personajes y la semejanza de su vestimenta, casi todos de una misma época, les da un parecido de familia que debe abreviar forzosamente nuestra enumeración. Dos grandes obras nos es forzoso añadir todavía á ella: la serie de admirables cuadros de la vida de San Agustín, perteneciente el gremio de curtidores, y la tabla de San Antonio Abad. De la primera, que por su tamaño y por su privilegiada colocación no puede pasar inadvertida á nadie, nada puede decirse que exceda á su extraordinaria grandiosidad de composición, á la sublimidad decorativa de su conjunto, si cabe hablar así. Sus grandes y poderosas figuras, la perfección y carácter de sus cabezas, los paños y ornamentos ricos y suntuosos en que se envuelven, impresionan y admiran. Parece que tenemos delante, con toda su expresión y su vida vigorosa y severa, los retratos de los privilegiados de una raza superior, cuyo misticismo, ni lánguido ni anémico, se auna á la inteligencia varonil y á la espléndida belleza que la acompaña á veces. No son aquéllos los demacrados ascetas alejados del mundo; son los dominadores de una época de la civilización por su ardiente fé, su sabiduría y su viril severidad. El artista, austero, creyente y en su concepción grandioso como ellos, comunica á su obra la robustez, la intensidad de vida de que los siente poseídos, con una amplitud en las formas y una riqueza en los pormenores verdaderamente oriental. La figura de San Antonio Abad participa de este majestuoso é imponente estilo, por más que ya se notan en ella influencias de una época posterior aunque inmediata.

Viniendo á los muebles, arcas, arquimesas, arquillas, sillas, sillones, etc., es imposible enumerar uno por uno los varios ejemplares que en número muy respetable figuran en esta Exposición y particularmente en la primera sala. Colocados á lo largo de sus muros, le dan peculiarísimo carácter, y su revisión minuciosa puede ocupar al visitante durante horas enteras. Hay entre ellas de todo; todos los estilos, todas las formas, todas las épocas: bargueños con hierros sin pulimentar, oxidados, dorados sobre paños rojos; arquillas con taracea de marfil, ó maderas de colores; otras góticas, con labores finísimos y elegantes ó del Renacimiento, con pomposas molduras doradas, columnas y pinturas sobre vidrio ó esmaltes; otras con incrustaciones de plata ó bronce; otras con ricos terciopelos en las tapas. Las labores de talla son, por lo común, primorosas; la ornamentación, en algunos casos, sumamente singular y rara; la distribución de estantes y cajones, ingeniosa y cómoda. Desde cualquiera de estos puntos de vista, el estudio de tales muebles resulta interesantísimo. Algunos de ellos pertenecen á los siglos XIV y XV, como el cofre de Benito XIII; otros á los siguientes; entre ellos citaremos una arquilla de cuero carmesí con relieves, oro, y figuras; otra de ébano, con incrustaciones de marfil, con un mapa de la tierra, y figuras mitológicas; otro de talla, con calados y figuras y lindísima decoración. Entre las arquillas de taracea no son las menos numerosas ni las menos notables las de diminutas piezas de marfil, formando figuras geométricas sumamente exquisitas y agradables á la vista, de una finura nimia como la de un bordado resaltando sobre el fondo de la madera. Del Renacimiento, algunas por su ornamentación sobrecargada pero rica recuerdan en su distribución los monumentos arquitectónicos de la época, con arcos, frontones, columnas, pilastras, estatuas en sus pedestales, escudos, cartelas, frisos y balaustrades. En otras, la ornamentación interior de colores combinados produce magnífico efecto.

Figuran también en la colección, además de algunos sillones de cuero, guadalmales y un biombo de lo mismo, pintado y dorado, una preciosa silla de mano, y dos carrozas del siglo pasado, tan pomposas y completas en todos sus pormenores, que merecerían por sí solas una descripción detallada y viva, cifra y compendio del arte decorativo de la época.

Seguiremos en otro número con las restantes colecciones.

J. YXART.

11 Setiembre.

LA MADRE Y LA HIJA

Había caído una helada muy grande, como las que suelen caer en aquella tierra.

Aquella tierra es la Sobarriba, comarca estéril y miserable, próxima á León, hacia el Nordeste.

Saliendo de la antigua ciudad por Puerta-Obispo y por el barrio de la Serna, en pasando el Torio y subiendo al alto del Portillo está uno ya en la Sobarriba, y alcanza á ver una docena de lugares de poco pelo, entre montecillos de roble carbajizo y tierras labrantinas que dan centeno á duras penas.

A uno de aquellos lugarejos le llaman Villafeliz, presumo yo que por ironía, pues de otro modo no se comprende que lleve tal nombre uno de los pueblos menos felices

de la tierra. Y aun podría citar, en confirmación de mi sospecha, de que haya presidido la ironía en el bautizo de aquel pueblo, el hecho de que hay otro muy cerca que se llama Villamayor, siendo un pueblecín de veinte casas.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que había helado mucho la noche anterior; tanto, que á pesar de ser ya las nueve de la mañana, blanqueaban todavía los tejados y las eras de Villafeliz lo mismo que si hubiera nevado.

Y eso que era el día de San Blas, es decir, que había empezado ya dos días antes el último mes de la invernia, como conocerá quien recuerde aquello de

San Blas Caballero,
á tres de Febrero,

y hasta debía de andar ya la cigüeña por los alrededores, según aquello otro de

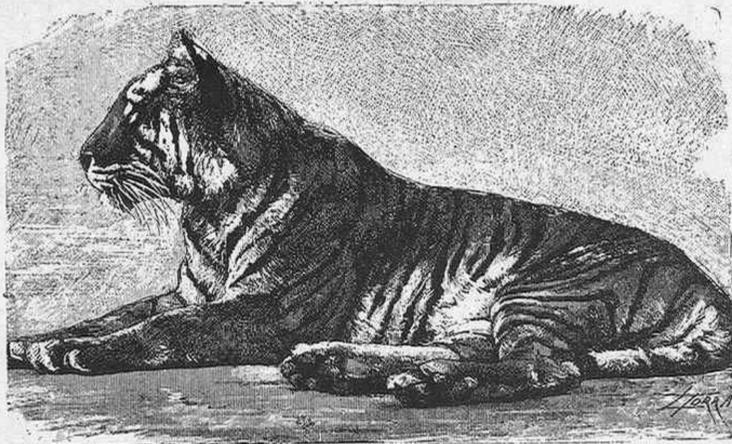
Por San Blas
la cigüeña verás.

Verdad es que el refrán añade también por si acaso:

Y si no la vieres
año de nieves;

y de esto precisamente se temía el tío Manuel, el tabernero, que, asomándose á la ventana de la cocina, decía con tristeza á su mujer, que en aquel momento soplabá para que ardieran unas ramascas que acababa de echar en la lumbre:

- Yo no sé lo que va á durar el invierno, ni cuando



va á dejar de nevar este año: milagro será que el día menos pensado no nos vuelva á caer otra nevada; porque el refrán lo dice:

Si la Candelaria llora
cátate el invierno fora;
pero si no llora
ni quiere llorar
cátate el invierno por pasar.

Y ya ves, ayer fueron las Candelas, y de todo hay traza menos de que llueva en dos meses.

- Pues ¡qué le haremos, hombre! - le dijo ella con resignación. - ¡Sea lo que Dios quiera! Pero mira, quítate de la ventana y vuelve á poner el encerado, que entra mucho frío.

- Voy, voy ahora, y no te quejes de frío tú aquí en el hogar, que más frío tendrán aquellos que van por las eras arriba dejando unos rastros en la escarcha... ¡Calla! ¿y quieres apostar á que son Benito y Manuela, nuestros dos criados?... Sí, sí, ellos son: irán á leña, bien seguro... No tendrán qué comer los pobres... y esta noche vendrán á pedirnos el carro para llevar mañana la leña á León, á ver si con lo que les valga pueden traer una hemina de pan y un celemin de habas para la semana que viene...

- Y tienes que dárselo... ¿Qué has de hacer?

- Ya lo veo... Y eso que no están los bueyes para muchas valentías; pero ya que no podamos hacer otras limosnas...

- Así es: limosna por limosna, buena es esa, y la necesidad tampoco puede ser mayor ni más patente.

- Tienes razón... Pero, ¿para qué se habrán casado esos infelices?...

- Mira, Manuel, como sirvan á Dios, no habrán hecho mal en casarse.

- ¡Toma! Pues ahí está el *quid*. ¿Crees tú que será tan fácil servir á Dios cuando no hay qué comer? ¿No ves que, como dijo el otro, donde no hay harina todo es mohina?...

Y con esto se quitó el tabernero de la ventana y volvió á colocar en ella el encerado, que era un marco de chopo, al cual estaba pegado con hurmiento y cubriendo el vano, á modo de cristal, un número del boletín de la provincia untado con aceite, procedimiento por el cual adquiere el papel ordinario mayor transparencia.

En tanto Manuela y Benito, pues no eran otros los que había visto el tabernero subir por las eras en dirección al monte, habían llegado al primer matorral y comenzaban á atropar leña con poca codicia y mal árgado, porque, como había helado tanto, no podían echar la mano á una rama sin tener en seguida que soplar las uñas.

Benito y Manuela se habían casado hacía año y medio, sin tener más que el día y la noche.

Manuela era de Isoba, allá junto á la raya de Asturias, y como no se la perdía nada en su pueblo, determinó bajar á servir á León. Pero dió la casualidad de que al pasar por Villafeliz donde la cogió la noche, pidió posada en la taberna, y la tabernera, que á la sazón estaba sin criada, en cuanto se enteró del objeto con que iba la muchacha para la ciudad, la propuso que no fuera más adelante. Aceptó la chica, se ajustó aquella misma noche, y allí sirvió cuatro años muy á gusto y con no poca satisfacción de los amos.

Pero de los cuatro años para los cinco entró de veranero en la misma casa un mozo del lugar, por hallarse el tío Manuel algo achacoso, y es claro, los dos muchachos, todo el verano segando juntos, y acarreado, y trillando, y limpiando, y midiendo el pan, y de bagando el lino, broma va y broma viene, se enamoraron poco á poco y concluyeron por casarse como Dios manda. Y por aquello de que el casado casa quiere, dejaron de servir y se pusieron á vivir solos en una casucha que Benito, que tal era el nombre del mozo, había heredado de sus padres.

Mas como Manuela no llevó al matrimonio sino muy cortos ahorros de sus soldadas, y toda la hacienda de Benito, fuera de la casucha, era un huerto no muy grande, tenían los pobres que trabajar mucho para mantenerse, y aun siendo, como los dos eran, dispuestos y trabajadores, siempre andaban á la cuarta pregunta.

El año de 1830, que es el de esta historia, cuentan que hubo un invierno sumamente riguroso y largo: los nacidos no habían conocido otro; como decíamos después el año 57, los que no habíamos conocido el 30, y como han dicho también este año los que no conocieron ninguno de los dos anteriores. Y como quiera que en un invierno largo y crudo las provisiones se acaban y no hay jornales, porque nadie quiere pagarlos cuando no está el tiempo para trabajar, Benito y Manuela no sabían ya por donde buscarse el condumio, y habían discurrido ir á la leña, con todo lo demás que se había figurado su antiguo amo, sin que se lo contara nadie.

- La verdad es, - decía Benito á su consorte, sacudiendo con enojo las manos mojadas por la escarcha, - la verdad es que nos han enseñado á creer que Dios es un Señor infinitamente bueno y justo, y yo así lo creo; pero no comprendo cómo puede ser justicia el que, siendo todos hijos de un mismo padre, unos tengamos que trabajar tanto para mal comer, y otros pasen la vida mano sobre

mano y estén cebados á qué quieres pico. - ¡Jesús! Hombre, por Dios, no digas blasfemias, - le contestaba su mujer asustada. - En Dios no puede haber injusticia, porque es infinitamente perfecto: bien claro nos lo explicaba allá en Isoba el señor cura. Y eso de que los señores se lleven tan buena vida como á tí se te figura, no sé yo que sea verdad, porque siempre he oído decir que á nadie le falta un rato de mal camino...

- Sí, pero una cosa es pasar un rato malo y otra cosa es pasarlo mal siempre. Además que, lo que es algunos, bien pocos malos ratos me parece á mí que se llevarán: empiezan robando de gordo, si es que otros no robaron ya para ellos, y con eso... á vivir.

- Pues mira, de todas maneras, yo no quiero semejante felicidad; porque no es Dios viejo para no poder cobrárselo en el otro mundo... Y en este y todo, que muchos de esos acaban mal... Y has de saber que de tal trabajo nadie está libre, porque es un castigo que nos impuso Dios á todos por la culpa de nuestros primeros padres...

- Por cierto que fué un castigo bien grande para una culpa tan pequeña. Por sólo morder una manzana, como decía aquel pellejero en la taberna el verano antepasado...

- ¡Esos textos sacarás tú! Las picardías de los pellejeros y de otros vagabundos, que no piensan en cosa buena. No te acordarás tanto de lo que te enseñaba tu madre cuando eras chico.

- También me acuerdo, pero todo lo oye uno, y...

- Pues de lo malo que se oyé no se hace caso. Y para tu inteligencia, la culpa de nuestros primeros padres no fué pequeña, que fué muy grande, porque fué contra la infinita bondad de Dios, y por eso fué en cierto modo infinita.

- Bien; pero, por grande que fuera, lo justo sería que el castigo le hubieran sufrido nuestros primeros padres que la cometieron y no nosotros que no tuvimos en ella arte ni parte; que es lo que decía también aquel villalón en aquel cantar que empezaba:

Mi abuela comió la fruta,
y yo tengo la dentera...

¿te acuerdas cómo decía aquel cantar?...

- No me acuerdo, ni falta que me hace, porque todas esas son *licantinas* que saben los malos; y para que comprendas que no es injusto el castigo que sufrimos por el pecado de nuestros primeros padres, has de saber que á nosotros, por nuestra naturaleza, no nos debé Dios



más que lo que ahora tenemos: la gracia y los dones sobrenaturales, ello mismo lo está diciendo, eran de gracia, y de pura gracia se los había dado Dios á nuestros primeros padres, para ellos y para sus descendientes, á condición de que le obedecieran; pero como le desobedecieron, lo perdieron todo, y no teniéndolo ya ellos, tampoco lo podíamos heredar los hijos. Es lo mismo que si á nosotros, es un suponer, nos diera un señor este monte ú otro mejor para siempre y para dejárselo á nuestros hijos, si los llegamos á tener, con la condición de que fuéramos á misa todos los días: si cumplíamos la condición, nuestros hijos heredarían el monte, pero si no la cumplíamos y le perdíamos, no heredarían nada más que la pobreza que tenemos ahora.

- ¿Sabes que ya casi puedes *pedricar* en la iglesia?

- En la iglesia no, pero te predico á tí, porque tengo obligación de hacerlo, para que no te dejes *embabucar* por cualquier pelagatos de esos ambulantes.

- Bueno; y ¿por qué lo has de saber tú mejor, ya que te pones, por qué lo has de saber tú mejor que aquel pellejero?... ¡Pues al cabo qué era tonto el hombre!... ¡sentía crecer la hierba!

- Sería todo lo listo que tú quieras, pero allí no dijo otra cosa más que mentiras y maldades; y en cambio lo que yo te digo es la verdad pura.

- ¡Porque tú lo digas!

- Porque yo lo diga, no; pero porque lo es... Y si no, mira, allí por el camino viene un fraile; vamos á llamarle; verás cómo dice que tengo razón...

- ¿No tendrá más á qué atender que á lo que tú le mandes? Déjale que siga su camino, mientras nosotros seguimos atropando leña.

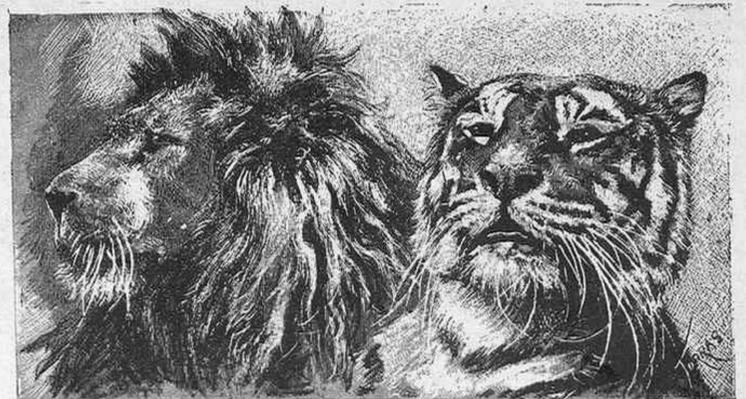
- En eso poco se tarda... ¡Padre nuestro! - continuó Manuela, levantando la voz y dirigiéndose al que ella llamaba fraile; - tenemos aquí una disputa mi marido y yo, y quisiéramos que vuestra paternidad nos dijera quién de los dos está en lo cierto, para ver si éste se convence.

- ¿Sobre qué es la disputa? - preguntó el monje, pues era un monje bernardo que venía de León, donde había ido á predicar el día de las Candelas, y se tornaba á la casería de Valsemana, hijuela del monasterio de Sandoval, situada en un valle cerca de Fresnedo. - ¿Sobre qué es la disputa?

- Sobre el pecado de nuestros primeros padres...

El monje hizo salir á su mula del camino, y se dirigió sobre ella hacia donde los leñadores estaban, los cuales le dieron los buenos días y le besaron humildemente la mano y el hábito.

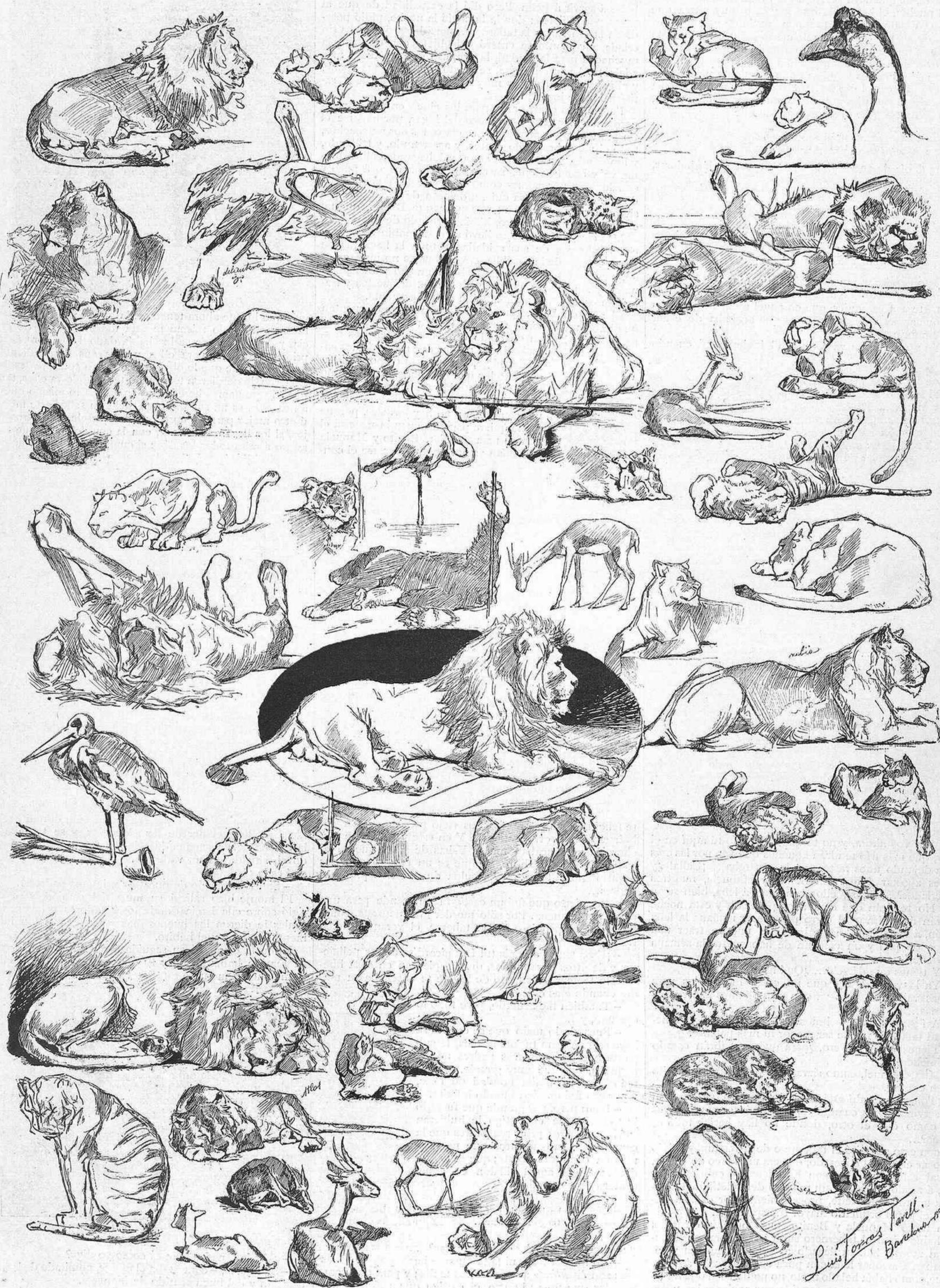
Manuela comenzó en seguida á repetirle todo lo que su marido había dicho y lo que en contra decía ella, formulando á menudo esta interrogación:



- ¿Verdad, padre, que es como yo digo?

- Sí, hija, sí, - contestaba el monje, admirado de la instrucción y del buen sentido de Manuela.

Y decía el pobre Benito muy satisfecho de su derrota: - No crea V., que lo que es ésta sabe mucha *dotrina*.



LOS HUÉSPEDES DE LA MENAJERÍA, apuntes del natural de Luis Torras Farell

Luis Torras Farell.
Barcelona 1894.



PACIFICACION DE LOS MORISCOS DEL ALBAICIN POR EL ARZOBISPO DE GRANADA, cuadro de Isidoro Marín Garcés
(Exposición del Centro Artístico de Granada)

Es montañesa, y en la montaña es la gente mucho más lista que por acá abajo. Yo soy de aquí, pero, ¿por qué lo ha de negar uno?

Después Manuela enteró al monje de la triste situación en que ella y su marido se hallaban y de lo mucho que tenían que trabajar para ganarse el preciso sustento, y como habían estado hablando del pecado original, se lamentó de la ligereza y facilidad con que la primera mujer había quebrantado el precepto divino.

—Eva, Eva, — decía, — es la que nos tiene la culpa de todo esto. Eva fué la que nos perdió. ¡Qué mujer aquella tan tonta, Dios mío! Teniendo á su disposición toda la fruta del paraíso menos un árbol... ¡Mire V. si podía haber pasado sin él!... ¡A mí me habían de haber puesto allí, que bien libre estaba de haber perdido bienes tan grandes por un gusto tan sin sustancia!...

—¿Estás segura de que tú no hubieras desobedecido?

—le dijo el reverendo.

—¿Segura? Sí, padre, sí. ¡Vaya si lo estoy! ¿Qué trabajo cuesta obedecer en cosas tan fáciles?

El monje, que se compadecía mucho de la suerte de aquellos dos pobres, se sonrió bondadosamente de la presunción de Manuela, y preguntó á su marido:

—¿Sabes algo de hortelano?

—Sí, señor, como saber algo, sé; porque estuve de muchacho sirviendo con el señor cura de Vegas, difunto, que tenía una gran huerta, y allí aprendí á componerla, y á poner y cuidar las hortalizas, y algo también á transplantar y á ingertar los árboles... Lo que tiene que ya apenas me acuerdo...

—Pues nosotros necesitamos en Valsemana quien nos cuide la huerta, y si queréis iros allí, no estaréis mal: tendréis buena casa, buena mesa, mucha tranquilidad, y además se os pagará regular soldada á fin de que hagáis algún ahorrito para cuando seáis viejos, ó por si tenéis hijos todavía...

—Lo pensaremos, padre, — dijo Manuela.

—¿Qué lo hemos de pensar, — la replicó Benito, — ni qué necesidad hay de pensarlo? Diga V., padre, que nos vamos con V., aunque sea ahora mismo.

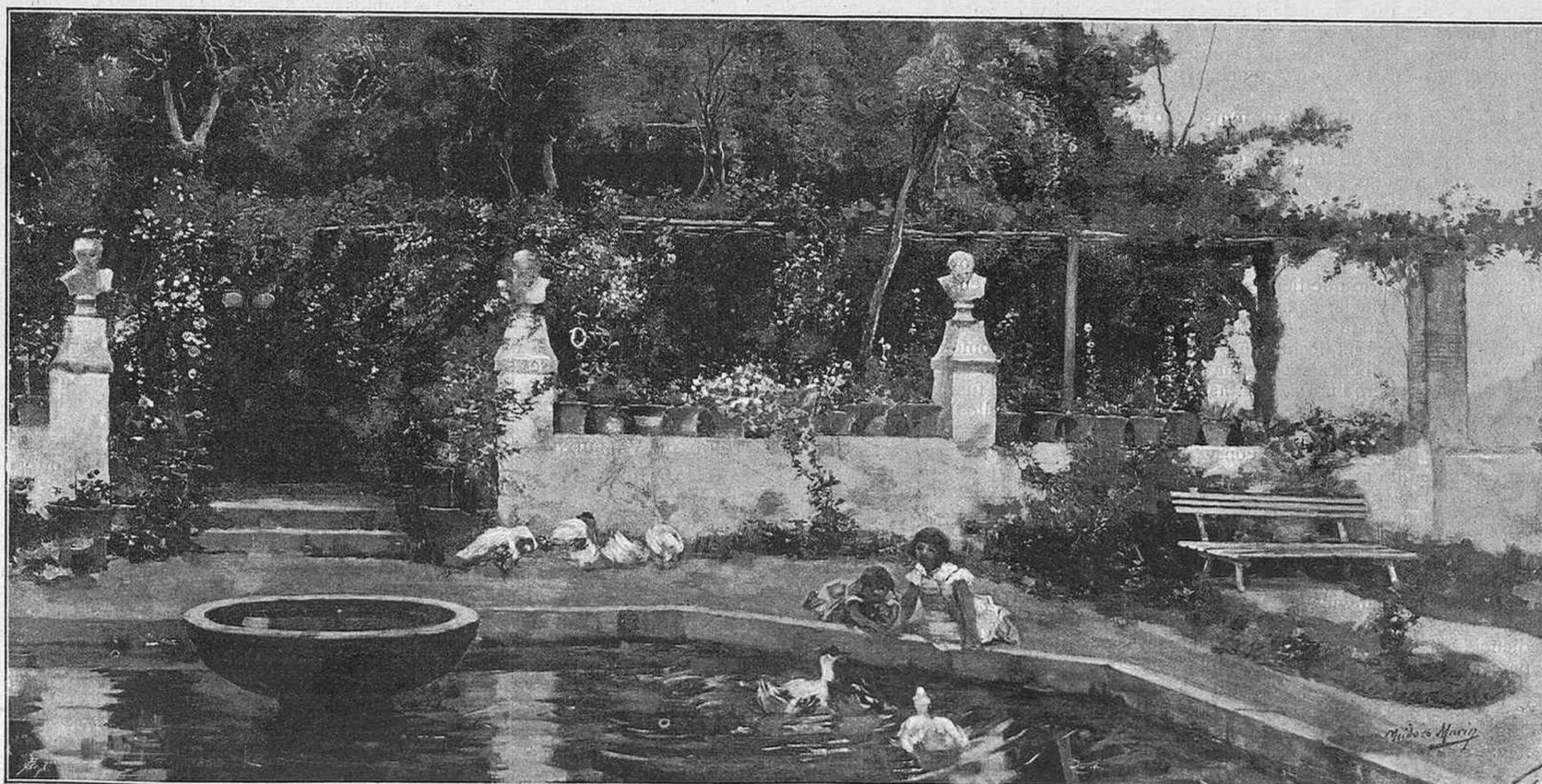
—No corre tanta prisa, — les dijo el monje; — si os resolvéis á ello, que yo creo que sí os debéis de resolver, ya que por aquí parece que no os va bien del todo, podéis ir mañana ó pasado mañana. Ya os digo que estaréis bien; el trabajo no será mucho, y si os portáis, tenéis ya para toda la vida; lo único en que habéis de poner cuidado es en ser dóciles y obedientes, y hacer con agrado cuanto se os mande.

—Descuide, padre, descuide, — dijo Manuela, — que tanto mi marido como yo estamos enseñados á servir, y ..

—Y mañana á buena hora nos tiene allí vuestra reverencia, — dijo Benito cerrando el trato.

—Despidióse el buen padre de los leñadores, y éstos se volvieron al lugar, dirigiéndose á casa de sus antiguos amos, no á pedirles el carro y la pareja para llevar la leña á León al otro día, sino á regalarles la leña, puesto que á ellos ya no les hacía falta.

Contaron todo lo ocurrido, y no sólo en casa del tío Manuel, sino en todo el pueblo, fué celebrada, sin perjui-



UN CARMEN DEL DARRO, cuadro de J. Marín (Exposición del Centro Artístico de Granada)



cio de ser también por algunos envidiada su buena fortuna.

A la mañana siguiente se pusieron Benito y Manuela en camino para Valsemana, á donde llegaron á eso de las dos de la tarde.

El abad, que los vió llegar desde su celda, salió á esperarlos á la puerta de la granja, y los recibió cariñosamente. Les enseñó la huerta y la hermosa casita en que habían de vivir, que estaba en un ángulo; les enteró de sus obligaciones, que no eran grandes, y conduciéndolos luego al comedor de la hospedería, les dijo, mostrándoles la mesa que estaba llena de fiambres y de frutas:

—¿Tendréis ganillas, eh?

—Así, así, padre; no faltan.

—Pues aquí os servirán ahora, en cuanto suene esta campanilla, — dijo tirando de un cordón, — sopa y un buen puchero, y después podéis tomar de todo eso que se ve por ahí lo que más os guste. Ahí tenéis jamón, pollo asado, chorizos, queso, uvas, lo que queráis; y ahí tenéis vino también. Aquí está siempre puesta la mesa para los viajeros pobres que llegan con necesidad de tomar algo, y para los criados de la casa. Cuando estéis trabajando en la huerta y queráis tomar un bocado, porque sintáis debilidad, no tenéis más que venir y tomarlo, y si queréis algo caliente, en tirando de este cordón os lo traerán en seguida.

Benito y Manuela estaban tan aborrotos y maravillados de su dicha, que aquel día apenas comieron. Pero al siguiente ya lo hicieron bien y al otro mejor, y así pasaron hasta una semana como en la gloria.

Pero un día, al ir á comer, se encontraron con el abad que salía del comedor y les dijo:

—¡Hola, hola! ¿Como os va? ¿Estáis á gusto?...

—Sí, padre, muchísimo, — contestaron ambos á un tiempo.

—Bueno; pues yo también estoy contento con vosotros: seguid, seguid lo mismo... ¿Vais á comer, eh?

—Sí, padre; vamos á hacer un poco por la vida.

—Bien, bien; pues ahí lo tenéis todo como siempre á vuestra disposición, — dijo marchándose.

—¡Ah! Cuidado no toquéis aquel plato que está en medio de la mesa tapado con otro, — volvió á decirles desde la puerta, y desapareció al instante.

Los dos consortes se pusieron á comer como otros días; pero á la mitad de la comida dijo Manuela á su marido:

—¿Qué tendrá aquel plato?

—¿Qué te importa? — le contestó él sonriéndose.

—¡Importarme... no me importa nada; pero... ¿qué tendrá?

—Déjale que tenga lo que quiera, mujer; ¿no tenemos bastante con todos estos otros?

—Sí, sí, bastante sí, y de sobra, gracias á Dios.

Continuaron comiendo. Manuela estuvo otro rato callada, pero sin dejar de pensar en el plato tapado y en lo que tendría.

Al concluir de comer dijo resueltamente á su marido, levantándose del asiento:

—Mira, yo voy á ver lo que tiene aquel plato...

—No seas loca, Manuela; cuando el padre abad nos mandó que no le tocáramos... ¿Merece que le desobedezcas un señor que nos ha hecho tanto bien?

—Hombre, si le desobedeciera en una cosa de importancia, no dices mal; pero en una cosa así que nada importa...

—Pues por lo mismo que nada importa, déjala.

—¿Qué daño le hago yo al padre con ver lo que tiene el plato? A más de que ni siquiera puede llegar á saber nunca que lo ví... volviéndole á tapar como estaba...

Y diciendo y haciendo, Manuela se puso á levantar con todo cuidado el plato de encima; pero antes que pudiera mirar lo que había debajo, salió un ratón dando brincos por la mesa.

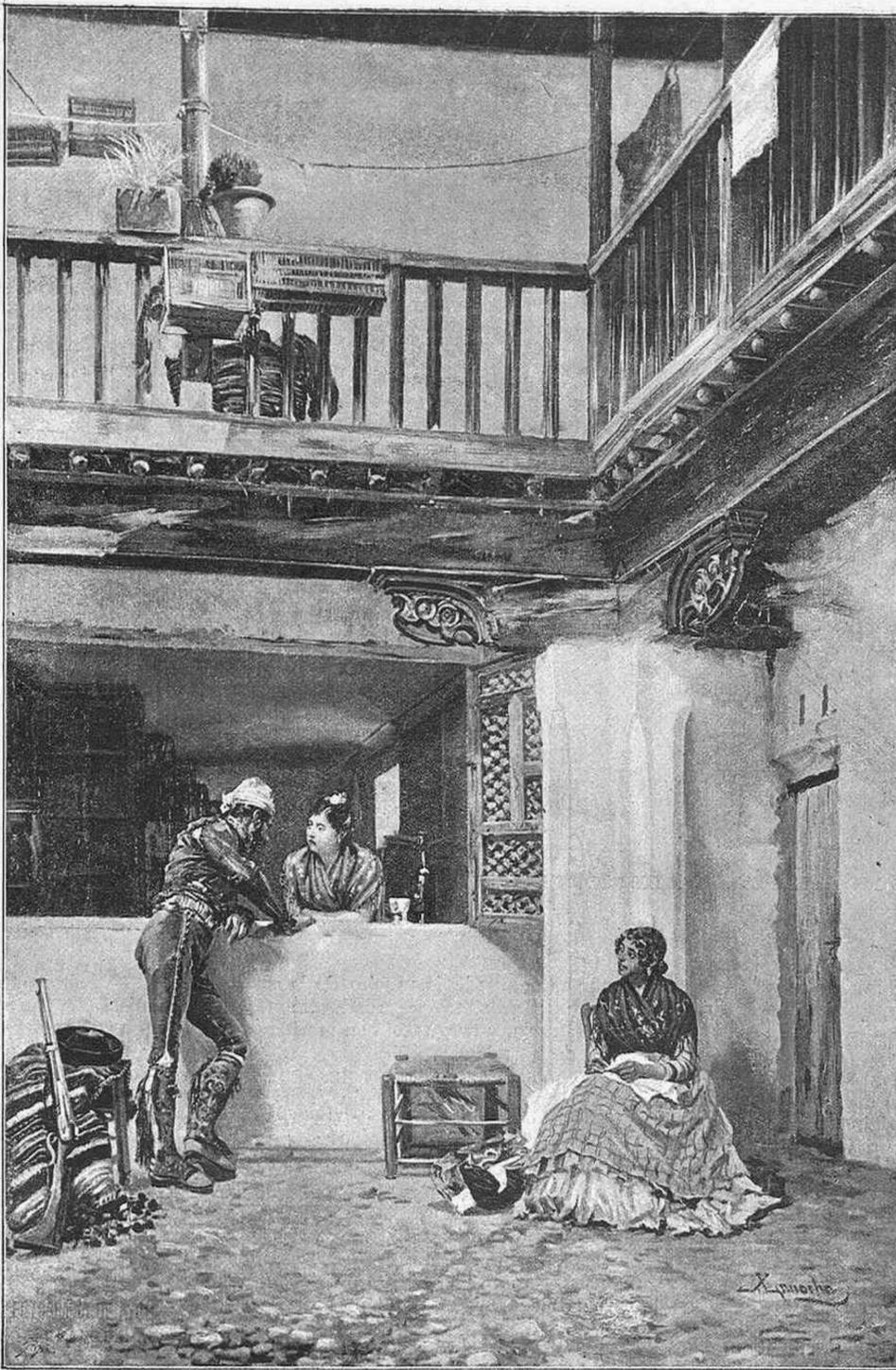
—¡Jesús!... — dijo maravillada. Y comprendiendo un momento después el peligro de que el abad conociera su desobediencia por la falta del ratón, trató de volver á cogerle, pero fué en vano, porque en seguida se escondió por un agujerillo imperceptible.

—¿Ves lo que has hecho? — le dijo Benito un poco triste, aunque sin comprender toda la gravedad ni presumir las consecuencias del acto.

—¡Ya, ya! ¡Jesús María! ¡qué tonta fui!... — decía ella.

—¿Qué nos dirá el padre?... ¡Cuánto daría yo por otro ratón para ponerle aquí de modo que no lo conociera...

Apenas salieron del comedor Manuela y Benito, vol-



ENTRE COPA Y COPA, cuadro de José Larrocha (Exposición del Centro Artístico de Granada)

vió á entrar el abad, y cerciorado de la desobediencia, los llamó y les dijo:

—¿Cuál fué la condición principal, ó más bien la única que os puse para que pudierais estar en esta casa?

—La obediencia, señor, — respondió Benito humildemente.

—¡Padre, tuve una mala tentación de curiosidad! — añadió Manuela medio llorando.

—¿No acriminabas tanto á nuestra madre Eva, y no decías que tú nunca hubieras hecho lo que ella hizo, y que para tí el obedecer era la cosa más fácil del mundo?

—Es verdad, padre; pero ni entonces sabía lo que decía, ni hoy supe lo que hice.

—Bien, bien, — dijo el abad; — pues para que aprendas á obedecer y principalmente á no presumir, mañana te volverás á Villafeliz con tu marido y seguiréis atropando leña como antes.

Y en efecto, al día siguiente, al rayar el sol en Valsemana, fueron despedidos Benito y Manuela de aquel que para ellos era un verdadero paraíso.

ANTONIO DE VALBUENA

LA COSTA OCCIDENTAL DE ÁFRICA

POR TEODORO WESTMARK (I)

En la tarde del 12 de marzo de 1888, salí de Marsella á bordo del vapor *Talabah*. Mis compañeros de viaje eran tres pasajeros destinados á las factorías del Senegal y una señora muy bella que iba á Dakar á reunirse con su ma-

(1) Tenemos el gusto de dar cabida en nuestras columnas al siguiente artículo que, con una solicitud que le agradecemos en extremo, acaba de enviarnos desde Marsella el señor don Teodoro Westmark, de regreso de su reciente viaje al África ecuatorial, en cuyo artículo se dan curiosas noticias acerca de aquellos países, poco menos que desconocidos hasta hace pocos años.

El señor Westmark, viajero infatigable cuanto explorador intrépido, es ya conocido de gran parte del público ilustrado de Barcelona,

rido, cuya suerte me causaba envidia.

Después de comer bastante de prisa, todos corrieron á guarecerse en los camarotes para arrostrar menos mal en ellos los efectos de un mar bastante agitado. Al otro día nos reunimos en el comedor para tomar el desayuno, pero la hermosa señora no se presentó hasta las ocho. Una brusca sacudida del buque la hizo perder el equilibrio y caer, por desgracia para ella, pero afortunadamente para nosotros, que así pudimos admirar unos lindos piececitos como se ven muy pocos.

A los cuatro días de nuestra salida pasamos á la vista de Gibraltar, y ocho después fondeábamos en Las Palmas, bonita ciudad española de las islas Canarias. Tan luego como la Sanidad nos hizo su acostumbrada visita en las personas de tres caballeros mucho más distinguidos y elegantes que los que se suelen ver en las colonias inglesas, pudimos saltar á tierra.

Las Palmas, cuyo puerto natural se presta á las mil maravillas á que fondeen en él los vapores, es una ciudad admirablemente situada, y que vendrá á tener de 15 á 20,000 habitantes. El comercio de la isla se reduce casi exclusivamente al abastecimiento de los grandes vapores que en considerable número hacen escala en ella para repostarse de carbón y víveres, vino y frutos primerizos. Las plantaciones de vides y verduras han adquirido, especialmente en estos últimos años, un desarrollo extraordinario.

El clima parece muy benigno, y tanto, que los habitantes se quejan de que sus suegros y suegras vivan demasiado tiempo, no habiendo por tanto, probabilidad de heredarlos mientras residan en Las Palmas. Y en efecto, aquí todo respira salud. En primer lugar, las brisas del Océano disipan los calores que, á no ser por ellas, serían insoportables y darían origen á epidemias; aquí se ve un bosque de pinos á donde los que padecen del pecho van á buscar el restablecimiento de su quebrantada salud; allí huertas cuidadas con gran esmero; más allá grandes plantíos de palmeras y plátanos cuya grata sombra preserva de los ardores del sol, y, por fin, esa ciudad tan pintorescamente situada y tan limpia, todo lo cual nos induce á creer que estamos en un verdadero edén. No hay para qué decir que las lindas españolas que encontramos en las calles de la ciudad contribuyen á aumentar esta excelente impresión.

Tengo la sincera é íntima convicción de que si en Europa se conociesen todas las superiores cualidades de las islas Canarias, Las Palmas serían casi el cuartel general de los extranjeros que hoy van á Madera en busca de su perdida salud.

Nos trasladamos directamente en un coche desde el puerto á la ciudad, y en ella nos dedicamos á contemplar sus bellezas, y sobre todo su majestuosa catedral, que es sin disputa la mejor de África. En seguida nos encaminamos á la fonda, donde almorzamos muy bien y por un precio bastante módico. Salimos luego á hacer algunas compras, y acto continuo volvimos á bordo del vapor, que al cabo de una hora levó anclas.

Después de un viaje bastante agradable de tres días y medio, llegamos, á las nueve de la noche del 23 de marzo, á Rufisque, que es el punto comercial más importante del Senegal. A la mañana siguiente acompañamos á tierra á nuestra bella compañera, y se dió principio á la descarga de los 600 barriles de pólvora que llevábamos de Europa para venderla á los indígenas... con objeto de que puedan comenzar de nuevo á matarse unos á otros. Lo que aquí llama desde luego la atención es encontrar tantos ciegos. Parece que esto dimana del terreno, pues en Rufisque, lo mismo que en toda la costa senegalesa, el suelo se compone de una arena, no arcillosa, en que la vegetación brilla por su ausencia, no pudiendo darse nada más triste que la vista de esta campiña yerma y arenosa, en la que crecen tan sólo cacahuets, única alimentación de los indígenas.

Con todo, hay aquí bastante actividad comercial, aun-

por las conferencias que dió meses atrás en el Ateneo Barcelonés acerca de sus últimos viajes al Congo; y en breve será conocido también de todos nuestros lectores, pues en la obra de nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL, que con el título de *África Pintoresca* publicamos, daremos principio, dentro de pocas semanas, á una relación inédita de sus citados viajes, titulada *Quince meses entre los caníbales del Congo*, llamará seguramente la atención de cuantos la lean. — (N. de los E.)

que las transacciones se reducen casi exclusivamente á la compra y venta de cacahuetes, que abundan en el interior y son de calidad muy superior. Tres grandes casas francesas se reparten las operaciones comerciales más importantes: la de Maurel y Prom, la de Maurel hermanos de Burdeos y la Compañía francesa del África occidental, de Marsella.

Después de visitar á Tundjomi, que es también un punto muy importante para el comercio de cacahuetes, partimos para Santa María de Bathurst, población inglesa situada en la desembocadura del río Gambia y punto de destino de nuestro vapor. Desde luego se echa de ver que los ingleses dominan aquí, porque, al igual de lo que sucede en las colonias en que los hijos de Albión se han instalado, las autoridades se componen casi exclusivamente de negros. Santa María de Bathurst tiene unos 8,000 habitantes, y de ellos sólo la décimaquinta parte pertenece á la raza blanca. Está construída en medio de un país pantanoso, pero bastante fértil, y presenta un aspecto mucho más risueño que las ciudades del Senegal; el terreno es también mucho mejor, y los habitantes han conseguido hacer huertos de regular importancia.

Lo mismo que en Rufisque, el principal artículo comercial es el cacahuete, aunque de calidad bastante inferior á la de aquella comarca, y está monopolizado por las mismas casas que en el Senegal.

Las tribus negras que habitan esta parte de África, llevan el nombre de *yola's*, cuyos individuos son muy vigorosos y tienen la cabeza algo más pequeña que los habitantes del Senegal, y el de *fulah's*: éstos están bien constituídos, pero son perezosos por naturaleza y se enervan cuanto pueden con el abuso de bebidas alcohólicas, que á la larga paralizan sus facultades, aniquilan sus fuerzas y les hacen aborrecer el trabajo.

Aquí, como en el Congo, el bello sexo es el que desempeña las faenas más rudas. Al llegar á Bathurst, me quedé sorprendido al

ver que las mujeres eran las exclusivamente encargadas de la descarga de los vapores; por esto sin duda las hay muy robustas que no temen administrar de vez en cuando á su esposo y señor alguna ración de puñetazos soberbios. Cierta día fui testigo de la fuga de uno de estos animosos varones que, habiéndose mostrado por demás exigente con dos de sus esposas, excitó de tal modo su enojo que se pusieron en su persecución y habiéndole alcanzado, le trataron de un modo más eficaz que amistoso.

Cuando queda terminado el cargamento de un buque, el marido ó el amo de las cargadoras cobra el importe de este trabajo, del cual da una parte á las mujeres; la otra parte la guarda para satisfacer sus vicios ó comprar otra esposa que aumentará entonces el número de sus trabajadoras y compartirá le lecho conyugal. Por otra parte, esta es la mejor colocación que puede dar á su dinero, pues sus mujeres no tan sólo deben buscar por sí mismas su propio alimento, sino además proporcionarles los elementos de su alimentación, labrar sus campos, sembrar sus cacahuetes, cultivarlos y llevarlos á las factorías y cuidar la casa, mientras que los hombres, sanos y robustos, pasan el tiempo bebiendo, comiendo y durmiendo.

¡Oh, mujeres! ¿Conocéis lo que valéis en estos países, donde se os compra juntamente con un par de bueyes? El precio de una mujer en Bathurst varía según su juventud y robustez. Una mujer joven y fuerte se compra por dos ó tres bueyes ó por mercancías europeas que valgan de ocho á diez libras esterlinas. Hecha la compra, la nueva esposa sigue sin más ceremonias á su nuevo marido y señor. Si la mujer es libre, el marido no puede revenderla,

— por supuesto, si no peca contra las leyes del país, — pero si es una esclava, tiene el derecho de volverla á vender á quien se le antoje.

No debe, pues, extrañar que la religión predilecta de los negros sea la del gran profeta; porque una naturaleza tan refractaria á toda clase de pudor como la de los negros puede contentarse con una sola mujer? Así es que diariamente hace el mahometismo extraordinarios progresos, mientras que las misiones cristianas, inglesas y francesas, no obtienen sino medianos resultados, y aun con frecuencia se da el caso de que más de un muchacho criado por misioneros europeos, abjure su religión por abrazar la del profeta.

Debo, sin embargo, reconocer que la misión católica dirigida por dos padres indígenas hace más prosélitos que la dirigida por ministros protestantes.

Deseoso de ser útil al padre Gabriel, que más de una vez me había proporcionado preciosos informes, organicé el 7 de abril á las ocho de la noche, una conferencia en la escuela católica de Bathurst, en beneficio de su provechosa obra. Dos hermanos europeos, pertenecientes á la misión y á las órdenes de los dos sacerdotes negros, se pusieron en marcha para vender billetes á razón de cinco chelines cada uno, y ante un público muy numeroso referí mis aventuras en el país de los canibales del Alto Congo. Terminada la conferencia, el padre Gabriel, indígena de San Luís, que durante esta plática se había apropiado el sitio destinado al gobernador, subió á la tribuna para manifestarme públicamente su agradecimiento, y á continuación nos narró también sus aventuras.

se creen suficientemente pagados! En este caso le dirigen mil improperios é insultos, sobre todo si conocen que las han con extranjeros, hasta que acaban por apurarle la paciencia, obligándole á que les administre una paliza muy merecida. Precisamente esto es lo que buscan dichos individuos: cuando han recibido unos cuantos puntapiés ó puñetazos, el que ha dado principio á los insultos, se hace acompañar de dos testigos y cita al viajero ante el tribunal, por lo regular compuesto casi en su totalidad de jueces indígenas cuya conciencia es aún más negra que su piel, y estos dignos magistrados jamás dejan de quitar la razón al que menos regalos les haya hecho.

Así es como se administra justicia en la costa de África: verdad es que tal sistema quizás no sea exclusivo á aquel país.

El viajero resulta, pues, condenado, no tan sólo á pagar una indemnización de tres libras esterlinas, sino también las costas y gastos del juicio. No puede darse canalla mayor que esos negros medio civilizados.

Sus usos y costumbres son asimismo tan extraños como despreciable su carácter.

Por lo común, todo su traje se reduce á un guñapo que apenas les tapa las partes más delicadas; pero los domingos se visten con lujo desusado. El extranjero los tomaría por Pares del Reino Unido más bien que por indígenas de Sierra Leona, si no fuese por la marcada diferencia que hay entre el color de su camisa y el de su piel.

Siendo, por lo general esos negros, como los habitantes de Liberia, esclavos emancipados, no saben apreciar



LECCIÓN DE VIOLÍN, cuadro de W. Zehme

Después de vagar algunos instantes por las estepas nevadas de Suecia (*sic*) el venerable cura se precipitó en el Báltico, con riesgo de ahogarse, y fué á encallar en un *fiordo*, donde unos pescadores, cansados «del trabajo incesante de la pesca de la sardina, del bacalao y... del tiburón,» le recogieron bajo su tienda de piel de foca y de morsa. En seguida, con una modestia conmovedora, el venerable superior negro nos refirió cómo él y su compañero habían consagrado su vida á la civilización de los indígenas, y terminó su *speech* estimulando al público á dedicar más tiempo y... dinero á la misión católica de Bathurst.

¡O Columba, quam munda es!

A los quince días de mi residencia en Gambia, llegó á Bathurst el vapor inglés *Biafra*, en el que debía trasladarme á Freetown. Si el *Saint Georges flag* que ondeaba en este vapor hubiera estado reemplazado por una bandera negra á media asta, habría dado mucho mejor á conocer el lamentable estado en que el vapor se encontraba. Las olas se le habían llevado gran parte de la obra muerta, inundado el camarote del médico y otros muchos, destruído el botiquín, y en una palabra sus averías eran considerables.

Después de un viaje que duró cuatro días en vez de dos con el *Biafra* que, según su mismo capitán, era un vapor *quite wrotten*, llegamos, por fin, el 15 de abril á Freetown, que es el punto más importante de la costa occidental de África y la capital de las posesiones inglesas de toda esta región. Aquí está el centro de las operaciones comerciales de la costa y también de la civilización, si tal nombre puede dársele, cosa que estoy muy distante de creer. El desembarcar en Sierra Leona no es asunto fácil ni mucho menos. A la llegada del vapor, rodea al viajero una muchedumbre de negros que le arrancan por fuerza el equipaje y lo llevan á la aduana, haciendo todo lo posible por romper las cerraduras y aprovecharse de ello. ¡Ay del viajero, si estos ganapanes no



LAS HORMIGUITAS, cuadro de W. Zehme

las ventajas de nuestra civilización. Su contacto con los blancos les enseña á imitar los vicios europeos, pero nuestras buenas cualidades son siempre problemas insolubles para ellos. Creo innecesario añadir que el cariño de familia es cosa desconocida para el negro, excepto en los casos en que el temor ó la superstición se lo impone. Su probidad es aún menor, y de mil casos, en los novecientos noventa y nueve recompensan la confianza de los blancos con infidelidades ó hurtos. ¿Cómo, de lo contrario, explicar el minucioso esmero y aun el lujo con que se presentan algunos individuos cuyo sueldo mensual no excede de dos ó tres libras esterlinas? Es indudable que para satisfacer tales exigencias esos mocitos deben agregar al dinero que ganan, otro... que no ganan.

No persiguiendo, en general, más que un objeto, el de adquirir dinero, no les detiene en sus afanes más que la superstición, obstáculo que no se atreven á allanar. Creen sinceramente en medicinas diabólicas y en la magia, oyéndose hablar á menudo de empleados que han solicitado de magos ó hechiceros que les proporcionen medicinas con objeto de que sus amos blancos no noten sus hurtos.

En el mismo Freetown hay un sitio, llamado *Saint James's place*, donde descuellan dos grandes árboles que son fetiches y de los más poderosos. Parece que á los indígenas les inspira tanto miedo aquel sitio, que no se acercan á él más que los viernes, y aun así, descalzos. Estos árboles tienen la virtud de curar á las personas que jamás han pecado contra los dogmas del gran Profeta, así como la de hacer más triste la situación de los malos, y, por supuesto, de cuantos pertenecen á cualquier otra religión. Creo innecesario añadir que los cristianos deben acercarse á aquel sitio con la mayor precaución para no excitar la cólera de los mahometanos.

Cuando se han visitado muchos puntos de África, obsérvase en todas partes que los usos y costumbres de las diferentes tribus indígenas se asemejan en gran manera; los negros consideran como una obra meritoria el robar ó engañar á los blancos en dondequiera, hasta en las comarcas más civilizadas, y en todas partes se practica la poligamia en grande escala.

Es de esperar, sin embargo, que cuando hayan tenido un contacto más ó menos largo con los europeos, estas costumbres desaparecerán, que España gozará de las inmensas riquezas que puede sacar de sus posesiones de África, y que al fin se introducirá allí totalmente la civilización.

LOS RAILS DE ACERO

En 1869, la Compañía del Norte empleaba anualmente 12,000 toneladas de rails de hierro y 10,000 de acero;

en 1876, esta misma Compañía utilizaba 1,000 toneladas de rails de hierro y 35,000 toneladas de rails de acero. A partir del año siguiente, el consumo de rails de hierro viene á ser ya nulo, por haber cedido completamente el puesto á los de acero. Hechos semejantes se observan respecto de otras compañías. Se ha dicho muchas veces, y nosotros lo repetimos, que el acero es el metal del porvenir.

(De *La Nature*)

RECREACIONES FOTOGRÁFICAS

EL FOTO BUSTO

La figura 1 que ponemos á la vista de nuestros lectores es la reproducción exacta de una fotografía, que es un



Fig. 1. — Espécimen de una fotografía en *foto-busto*. Facsímil de una prueba obtenida por M. Gravet

retrato perfecto en forma de un busto de mármol sobre su pedestal.

Vamos, pues, á indicar, con ayuda de la figura 2, cómo se puede obtener fácilmente este resultado.

Se pone el modelo detrás de una columna hueca ó un pedestal delgado de madera pintada. Si se quiere figurar, por ejemplo, un emperador romano, se cubre la cabeza del modelo con un casco de cartón blanco, se le espolvorean los cabellos y la cara con harina de arroz y se le revisten de franela blanca las partes del cuerpo que hayan de quedar visibles, operando sobre un fondo de terciopelo negro.

(De *La Nature*)

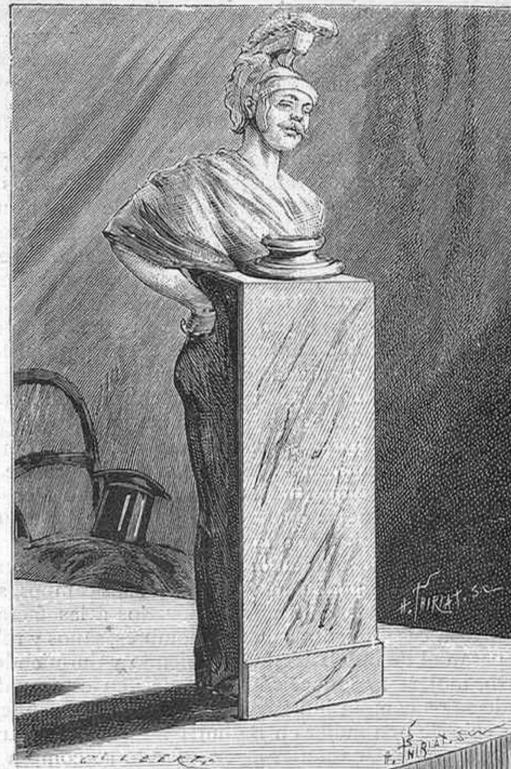


Fig. 2. — Figura explicativa para obtener un *foto-busto*, con la vista del pedestal de madera delgada